



La biblioteca de San Wilfred era un edificio con forma de columna redonda, construido con la misma piedra caliza dorada que la mayoría de las edificaciones en Oxford. Su techo abovedado de cobre tenía un brillo verdoso bajo el sol abrasador. Taylor se coló por aquellas puertas anchas, incrustadas con símbolos alquímicos, hacia la fresca penumbra de la sala de lectura principal.

Dentro, las mesas estaban dispuestas, desde la puerta principal, en semicírculos simétricos, cada una con dos lámparas de latón para leer, y rodeadas de sillas de cuero. La mayoría de las mesas estaban vacías. Esto no se debía a que los estudiantes de San Wilfred no estudiaran, sino a que toda la sala era más bien de exhibición. Las

partes funcionales de la biblioteca se extendían, más allá de la estructura decorativa, por más de una manzana. Las pilas de libros se prolongaban en miles de anaqueles a lo largo de cuatro pisos, y había aún más niveles con volúmenes bajo tierra. Era un enorme laberinto de lectura.

A pesar del enorme tamaño del lugar, la joven tenía una idea bastante clara de dónde encontrar a Sacha. Con pasos rápidos se abrió camino por el sitio silencioso, pasó las columnas de mármol tallado gruesas como troncos y se dirigió directamente hacia unas altas puertas dobles. Estas conducían a un vasto atrio de mármol. Pudo sentir el olor a café proveniente de la cafetería estudiantil que se hallaba en el piso de abajo y, durante un segundo, anheló las deliciosas galletas de chispas de chocolate, pero no se detuvo; en lugar de eso tomó la escalera principal que rodeaba la estatua de cuatro caballos saltando.

Aunque apenas llevaba tres semanas en San Wilfred, cada parte de este lugar le parecía normal a Taylor. Ella y Sacha se enfrentaban a un mundo en el que todos eran mayores que ellos, más seguros, además de que, hasta donde sabían, ninguno encaraba la posibilidad de una muerte inmediata, así que los dos jóvenes desarrollaron rápidamente rutinas diarias que seguían con un rigor casi religioso. Cada tarde, Taylor entrenaba con Louisa, y Sacha se perdía en viejos libros franceses en la biblioteca, en busca de respuestas.

Apenas echando un vistazo a las punzantes bestias de piedra, se apresuró a subir, pasando a los estudiantes que holgazaneaban y a los profesores que arrastraban los pies. En cuanto llegó al siguiente piso, dio vuelta a la derecha y avanzó en línea recta hacia las estanterías que se elevaban muy por encima de ella por todos lados.

Con su acostumbrada camiseta negra y jeans, Sacha estaba sentado a solas en la última mesa de la esquina. Estaba inclinado sobre sus libros, con la cabeza ligeramente apoyada en los dedos de una mano. Varios mechones de su cabello lacio y castaño caían por su frente, ocultándole la cara. Sus piernas largas se extendían por el pasillo.

Si la energía de un alquimista era cálida y luminosa, la de Sacha era completamente distinta. La suya era un oasis frío, de un azul sereno, rodeada de oscuridad. Había peligro en él, y eso atraía a Taylor.

Desde que juntos mataron a los portadores, de algún modo estaban conectados. Nunca hablaban al respecto, pero ella sabía que él también lo sentía. Podía verlo en su rostro, una especie de aire pensativo en sus ojos.

Pero él no la miraba en ese momento. Estaba tan absorto en su lectura que saltó cuando ella apareció sin avisar en la silla de cuero frente a él.

—Merde, Taylor. No me tomes así por sorpresa.

Su sedoso acento francés hacía que cada palabra sonara tan genial que Taylor sonrió involuntariamente.

—Lo siento.

La mirada del joven recorrió el rostro de ella, deteniéndose en sus mejillas sonrojadas y su cabello enredado. La molestia se desvaneció de su expresión.

—¿Cómo estuvo el entrenamiento?

—Calzones —dijo con un suspiro.

Sacha frunció el entrecejo, llevando su mirada confundida a las piernas expuestas de la joven.

—¿Calzones? No sé qué quieres decir.

Ella le estaba enseñando algunas minucias importantes del inglés, las partes que no se aprenden en la escuela. Maldecir y expresiones como “calzones”.

—Calzones. Como estar en ropa interior. Quiere decir mal —se recargó en el respaldo de la silla—. Básicamente, soy la peor alquimista de la historia. Las rocas me siguen golpeando. Es bochornoso.

—Eres lo bastante buena como para acabar con los portadores —señaló el joven—. Lo que te hace mejor que todos los demás.

Ella le dirigió una sonrisa agradecida.

—Ojalá hubieras estado ahí para decírselo a Louisa.

–¿Es el mismo problema? –preguntó–. ¿La parte del control?

Taylor asintió.

–Louisa dice que soy un misil nuclear sin sentido de dirección.

Los labios del joven se crisparon.

–Es dura.

–¿No es cierto?

El gesto de Sacha volvió a ponerse serio. Sus dedos golpetearon el pesado libro que seguía abierto frente a él; la única señal que daba de estar preocupado.

–¿Qué crees que es? ¿Qué es lo que te retiene? Quiero decir, te he visto controlar tu poder y hacerlo parecer sencillo.

En su voz no se asomaba ningún juicio, pero Taylor titubeó. Era reacia a decirle “No lo sé”. La vida del joven dependía de que ella descubriera cómo ser una alquimista brillante. Y en este momento no lo era.

–Es difícil controlarlo cuando no hay nadie alrededor tratando de matarme... quiero decir, matarnos –contestó después de una larga pausa–. Soy mejor que antes, pero sigo perdiendo el control y no sé por qué. Louisa me repite que solo necesito practicar. Pero no tenemos mucho tiempo.

–Lo conseguirás. Solo continúa intentándolo.

Si estaba nervioso –con el temor de que ella fracasara y lo dejara morir–, lo ocultaba bastante bien. Y como no quería que él viera qué tan preocupada estaba, Taylor levantó un libro de la pila que había sobre la mesa. El título estaba en francés y le tomó un instante traducirlo.

–*Los quemados de Carcassonne* –la joven arrugó la nariz–. Qué alegre.

–Sí... Eh, Taylor, realmente no debería...

Se estiró como para quitárselo, pero ella ya lo había abierto. La primera página mostraba un grabado de una hoguera. Una mujer se encontraba parada encima, con las manos atadas detrás de su espalda. A pesar de las líneas irregulares del grabado, su rostro se retorció de miedo y dolor.

–Ese libro es bastante perturbador –señaló Sacha con la voz apagada.

Taylor no respondió. No necesitó hacerlo.

No sabían mucho acerca de la maldición que amenazaba su vida, pero estaban enterados de que se había iniciado con Isabelle Montclair, un ancestro de Taylor. Isabelle fue una alquimista que vivió en Francia en el siglo XVII, rechazó su educación y las creencias de su propia gente, convirtiéndose a la demonología, que los alquimistas llamaban la “práctica oscura”. Como muchos alquimistas de su época, fue quemada como bruja. Pero hubo dos aspectos que hicieron diferente su ejecución: la persona que la quemó fue un ancestro de Sacha; y, al morir, la mujer empleó una práctica oscura desconocida para maldecir a la familia del hombre durante trece generaciones. Debido a ese conjuro pronunciado hacía mucho tiempo, con los siglos habían muerto los doce primogénitos de su familia. Sacha era el decimotercero.

Taylor hojeó el volumen nerviosamente, como si las pistas pudieran saltar y ofrecerse a su mirada.

—¿Hay algo aquí acerca de la maldición?

—Nada nuevo. Se menciona la quema de Isabelle Montclair, pero la información es escasa. Nunca es lo que necesitamos.

El joven cerró el libro tan bruscamente, que Taylor tuvo que apresurarse a quitar los dedos del medio.

—Debe haber más información en algún lugar acerca de cómo deshacer este tipo de conjuro. Hay miles de libros sobre alquimia y práctica oscura en esta biblioteca. La información que buscamos debe encontrarse aquí. Tiene que estarlo.

Taylor alcanzaba a escuchar la frustración en la voz de Sacha. Deseaba poder decir algo que lo hiciera sentir mejor, pero la verdad más rotunda era que debían entender esta maldición para impedir que lo matara. Además, los alquimistas en San Wilfred llevaban años investigando esto, sin éxito. Faltaban siete días para el cumpleaños de Sacha y todo comenzaba a parecer inútil.

–Está aquí –aseguró la joven, tomando otro libro de la pila que había frente a él–. La encontraremos. Te ayudaré.

El chico no discutió. Pero mientras ella hojeaba un viejo libro en francés que apenas podía entender, él no tomó otro volumen. En lugar de eso se levantó y se estiró, haciendo que entre la camiseta negra y los jeans asomara la piel tostada de su abdomen plano.

–Llevo todo el día revisando estos libros –señaló–. Necesito salir de aquí. –Volteó a mirarla, con un destello sensual en los ojos–. Vayamos a arrojar algunas rocas.